

# Roda: un testimonio

---

Darío Jaramillo Agudelo

## 1

*Para referirme al arte de Juan Antonio Roda, necesito cometer el impudor de hablar en primera persona, peor, hablar de mí mismo. Por lo demás, salvo desde puntos de vista histórico o técnico, no conozco otra manera íntimamente válida, de hablar de arte. El arte como fetichismo de los objetos hermosos, o sagrados, o inquietantes, no importa qué tan públicos sean: cada individuo convive con su pequeño museo doméstico, una estilográfica con punta de oro, unos guijarros de colores extraños, otros en forma de corazón, una esfera de obsidiana, un saurio verde mate metálico, y estos objetos, casi individuos, van formando una constelación de ondas invisibles y misteriosas que hacen parte de uno, lo completan.*

*Desde hace varios años cohabito con una tela de Roda. Mi lugar es pequeño y la tela es grande. Mide 125 por 150 centímetros. Es grande no sólo con relación a mi espacio, sino porque tiene el extraño don de ser mayor que sus dimensiones.*

*Mi Lógica del trópico, 1997, está colgado detrás del sofá, en la pared más amplia de la casa. Con frecuencia, para hablar por teléfono, para preparar café, para simplemente no hacer nada más que mirarlo, ocupo una silla desde donde veo mi Roda, mi metamorfoseante Roda. Con la luz de la noche, sin una lámpara para su exclusivo servicio, tan sólo iluminado por la suma de*

*luzes del recinto, en la Lógica del trópico predominan los colores oscuros, en el fondo hay un tono, iba a decir “una masa”, me arrepentí en búsqueda de la precisión, y cierta intuición me obliga a dejar la duda si no será más exacto “masa” que “tono” para referirse a este negro, a estos negros que la insistencia del ojo descubre distintos entre la iluminación indirecta, que hace evidentes los formidables trazos amarillos, los blancos que parecen más deliberados que todo el conjunto. La luz de la mañana, que lo favorece, destaca la variedad del fondo, ahora magma más que masa, magma de interminables maneras diferentes de conjugar los verbos de la oscuridad. Entonces, la visión nocturna aparece como falsa. Ya no hay negros. El abismo tiene verdes y grises, rojos profundos y azules hondos. Y luego, también las intimidades y los calores y hielos de la claridad. El blanco es más blanco, más amarillo el amarillo, hay un rosa sutil, todos a manera de signos, de rúbricas vistas o intuidas antes de ser registradas.*

*Lo he mirado largamente, muy quieto yo, le he pedido que se quede quieto como si no supiera que todo se debe a la inquieta luz bogotana. Sin término he dejado que me hable el silencio de la Lógica del trópico. Entonces, apenas como intuición que no dilucida el misterio fundamental, más bien le da palabras para enunciarlo, descubro que nada es accidental en este libérrimo cuadro*

*abstracto. Cada contraste, cada pincelada, cada color: todo es deliberado, forma parte de una constelación, de un orden hermético, que se completa cuando el artista lo da por terminado. De seguro, allí hay una decisión técnica, tras semanas de trabajo. ¿Por qué no antes? Porque el cuadro no estaba completo. Cierta inesperado día, tras larga observación, unos retoques, sin duda pero también sin explicación racional, don Juan Antonio Roda lo da por terminado. Lo firma. Está completo.*

*No hay en cada cuadro una emoción específica. Tantos días de trabajo son otros tantos climas emocionales. El artista ha pintado sereno o exaltado, amando el mundo o detestándolo, ese sentimiento es indiferente con respecto al cuadro mismo. Tampoco hay en él una intención y mucho menos un mensaje. Sólo pintura pura, mucho más hoy, mucho más desde cuando es pintor abstracto y prescinde del canon de la realidad, de la fidelidad a un objeto tridimensional, pero también cuando es figurativo: cada vez sus retratos son más rostros, rasgos individuales, a veces el gesto de una mano, inmersos en pinceladas libres, expresionistas. Pura pintura.*

## 2

*Pura pintura, puro placer de pintar, placer que borra otras emociones, placer que es una fuerza controlada por la mano del oficio, energía poética que es, a la vez, conocimiento del mundo, experiencia técnica, disciplina de taller, más ese otro ingrediente que se llama talento. Es aquí cuando descubro que, en este mundo donde todo está dicho, pintado, propuesto, subvertido y construido de nuevo, en este momento, ya la originalidad no equivale a la novedad. La originalidad apunta al origen, a una indagación hacia adentro que se revela a través de la serena o exaltada asimilación de un oficio: trabajar con óleos*

*sobre telas, persistentemente insistir en el diario aprendizaje de una labor que no se domina nunca del todo, durante años y años, una labor anacrónica que ya no ejercen los artistas –ahora los artistas llevan planos a los museos, planos de sus 'ideas', palabra que aquí, para tener sentido, debe ir entre comillas-, hacen instalaciones, representaciones, propuestas, producen subliteratura que debe ser explicada abstrusamente, no interesa tanto el ojo, para nada es considerada la siempre fallida, la siempre necesaria búsqueda de la belleza.*

*Tal es el universo del arte de hoy y Roda es una ave rara que indaga insaciable el misterio de la belleza que golpea las entrañas y que abre dimensiones nuevas, todavía más raro, un hombre que pinta, que no ha dejado de pintar desde hace sesenta o más años y que cuando ha dejado de pintar ha sido para hacer grabado, que no oculta la ufanía utilitaria de hacer retratos y, cuando los realiza, nunca ha renunciado a aplicar su formidable energía creadora a la religión del arte, que en palabras menos trascendentales es la fidelidad a un oficio.*

*Arriba lo escribí: pura pintura, puro placer de pintar. Y en mis casi cuatro años de cohabitar con mi Lógica del trópico, ese placer –que en Roda se ha refinado con la fiel disciplina de los años, con la eterna curiosidad de aprendiz, con ritos y recreos- se convierte en el solaz de una grata convivencia, que no por grata ni por solazante, es superficial: parte de su mudo universo de color, es que la particular organización del caos nos abre también a preguntas más duras con relación a lo que hay adentro y lo que hay afuera. Esta explícita dimensión del misterio es también un tratado de límites: mi Lógica del trópico no mide lo que mide en centímetros, mide lo que mide en solaz, tiene las dimensiones del misterio.*

**3**

Si he de completar mi testimonio personal, debo confesar que mi *Lógica del trópico* es apenas la conjugación en tiempo presente de mi intensa cohabitación con la obra de Roda, que comienza, hace ya muchos años, con un deseo que nunca he podido cumplir. Aparte del museo doméstico que todos poseemos –el cofre que me regaló Vicente, el DIM en miniaturas de plomo, un árbol pintado por Fernando, un dibujo de Luis, otro de Oscar, un grabado de Juan Manuel– está nuestro museo ideal que edifica la codicia. Miren mi *Morandi*, este es mi *Klee*. Pedazos de paraíso que uno quisiera tener en la casa del mismo modo que tiene las suites para cello de Bach. Y desde cuando conocí la serie, ambicioné una *Risa* para mi museo. Todavía hoy estos grabados me producen una fascinación que asocio con la emoción poética, con el placer de un buen poema.

Nunca tuve una *Risa* en la constelación de objetos domésticos que forman parte de mi piel –tampoco un *Morandi* o un *Klee*–, pero sí tuve una intensa, obsesiva, inquietante y placentera convivencia de dos años largos con una serie de diez grabados del maestro Roda.

Él hizo unos dibujos para un libro mío. Un día me preguntó que por qué los pintores tienen siempre que ilustrar a los poetas y no viceversa y el asunto continuó en eso, en que me pasé a vivir a los grabados que se habían pasado a vivir a mi casa. No exagero. Roda siempre le da título a sus series, sean pinturas o grabados, *Escoriales*, o *Tumbas*, o *Risas*, por ejemplo, siempre, pero esta vez no, eran los diez grabados abstractos y sin título, viviéndome para que yo los ilustrara con palabras.

El resultado fue un libro de poemas, seis versiones distintas de toda la serie, versiones

que se anulan las unas a las otras, un viaje imposible del ojo a la lengua. Al final, los grabados no necesitan de los poemas y los poemas pueden leerse sin mirar los grabados. Pero para mí son dos años maravillosos de alucinación y carpintería. Los grabados fueron detonantes para la visión poética y para la disciplina de las palabras y lo que yo creía que sería un texto ilustrativo –eran unas ilustraciones lo que Roda me pedía– se convirtió en uno de los cinco libros de poemas que he publicado en mi vida.

Feliz ingenuo, veo lo que no hay. Obseso feliz, no dejo de mirar lo que hay. Percibo el negro en un colorido óleo de la serie *Lógica del trópico*. Veo colores en los diez grabados en tinta negra que originaron *Del ojo a la lengua*. Lo admito, me contradigo, voy contra las evidencias. Pero tales son las reglas del juego con los grabados y las pinturas abstractas de Roda. Una cosa es la intimidación del pintor que trabaja con horario, placer, ritualismo y disciplina: allí está él –con toda su energía, su intimidación, con el sibaritismo y la exigencia a sí mismo–, volcando su mundo. En el otro extremo, ajeno, está el ojo de quien asume la regocijante aventura de convivencia con un Roda, está su capacidad de alucinación, están su sensibilidad y su sentido del silencio.

**4**

Roda cumple ochenta años. Hoy por hoy es el gran maestro vivo del arte colombiano. Es el mejor pintor que habita en este territorio. En las aulas, maestro de la generación de Luis Caballero y Beatriz González. También maestro en el sentido más profundo, clásico vivo –como se hace evidente en la exposición homenaje del Museo de Arte Moderno de Bogotá– que presenta una antología de su pintura desde 1986, desde cuando ha venido pintando series de cuadros abstractos: es aquí donde vengo a descubrir que, no

obstante los cortes que significa separarlos en series, durante los últimos quince años Roda ha insistido en las mismas indagaciones pictóricas, grandes masas con tonos infinitos con predominancia de un color –maestro Roda, ¿cuántos amarillos existen, cuántos rojos y escarlatas?- y pinceladas que registran signos, mudas caligrafías que se superponen al maremágnum de color, a la explosión emocional que el espectador puede adecuar a su ánimo.

Son impresionantes la frescura y la fuerza de esta pintura que siempre amenaza desbordarse pero que nunca lo hace gracias a la maestría del pintor que sabe dominar sus demonios y sus excesos: a este propósito, en medio de tan sabia búsqueda de colores y líneas, sin más límites que su propia decisión o su propio gesto, es impresionante la medida de estas riquísimas pinturas. En todo momento siento que Roda supo hasta qué punto llegar, que nada sobra en estos cuadros, que no hay florituras, que no hay autocomplacencia. Lo que hay es la renuncia a todas las fórmulas, a cualquier fórmula. El pintor toma sus propios riesgos y asume su propia libertad de adolescente de ochenta años, que no acaba descubrir el mundo ni de asombrarse consigo mismo.

Mientras la antología de los últimos quince años se muestra en el Museo de Arte Moderno, el Museo de Arte de la Universidad Nacional presenta las Pinturas negras, doce óleos de 80 por 70 centímetro pintados entre 2000 y 2001 que deberán juntarse con *El color de la luz*, cuadros también recientes y de formato mayor, en una exposición la Galería El Museo. Las Pinturas negras, reunidas, adquieren ribetes religiosos, trascendentes, a manera de una capilla de culto al silencio. Hay un silencio en el oficio, una actitud no verbal del pintor que escoge este amarillo o este verde y decide un brochazo o una pincelada así o así, en aras de la armonía que persigue.

Allí hay un silencio. Además, el cuadro por sí mismo es también un trozo de silencio, de silencio físico, de no ruido.

El silencio, los silencios de Roda son muy diferentes. Roda conoce el peso de las palabras. En la conversación y en la literatura. Lector voraz, Roda posee fina sensibilidad poética. Estamos ante un artista que puede convertir el no ruido del cuadro en un silencio intenso e intencional. Es el silencio al que aspira la poesía por la vía de las palabras y más allá de las palabras.

Roda cumple ochenta años y lo último que ha pintado –*El color de la luz*, las Pinturas negras- son un derroche de madura creación y de juvenil energía. Aquí Roda –siempre fue así- se da todas las libertades, viola todos los códigos con la destreza de quien los domina y con la intuición de quien adivina otro orden, necesario y difícil, profundamente poético. La firma, ahora, abandona el ángulo inferior y se incorpora como un grafismo más, a la sustancia del cuadro.

### 5

Vuelvo a mi museo doméstico. En esta mañana de domingo, mi *Lógica del trópico* es predominantemente verde. Tiene todos los verdes más oscuros, algunos, creo, que Roda inventó. Le convienen a mi Roda los cambios de luz de la mañana. Frente a él, no dudo de que el silencio puede ser más puro. Miro mis paredes y tengo que renunciar a tener conmigo las doce Pinturas negras. Podría vivir con ellas.

Bogotá, octubre 13-21, 2001.

Darío Jaramillo Agudelo